

El secreto de la cueva.

Hola, me llamo Pablo y os voy a contar la emocionante historia que me pasó hace unos meses. Todo empezó cuando nuestra profesora Ana, nos anunció que íbamos a hacer una excursión a la cueva más importante de Asturias: la cueva de Peruyal; donde cuenta una leyenda, que un alquimista ambicioso de la Edad Media, preparó una pócima para ser inmortal. Pero con un inconveniente, a este alquimista no le podía dar el sol, por lo que se dice que se escondió en esta cueva ocultando la fórmula de la pócima.

Así que tras dos largas semanas de espera, llegó el día de la excursión a la cueva. Cuando llegamos a Asturias, todo el mundo ignoraba la leyenda del alquimista, pero yo que suelo ser muy aventurero, deseaba que hubiera uno. Nos presentaron a nuestro monitor Rafa; que desde pequeño quería ser espeleólogo. Cuando entramos a la cueva, me sorprendió la inmensa oscuridad que había, pero menos mal, que llevaba un casco con una pequeña linterna para alumbrar.

Rafa nos empezó a explicar las cosas básicas de la cueva, como las estalactitas, las estalagmitas, la erosión de la cueva a lo largo de millones de años, etc. Después de varias explicaciones del monitor, le pregunté: ¿es verdad que hay un alquimista escondido en esta cueva? Rafa me contestó: ¡claro que no, aquí no hay ningún alquimista escondido, solo es una leyenda! Aunque lo decía con un tono seguro, seguí creyendo que podría estar merodeando por alguna parte.

Sin pensármelo dos veces, me escabullí cuando nadie miraba. Aunque me podía estar jugando la vida, sabía que podía ser una verdadera aventura para averiguar si de verdad, había un alquimista que guardaba la fórmula de la pócima de la inmortalidad. Me metí en un pequeño hueco húmedo, en el que esperé hasta que todos pasaron de largo.

Cuando ya no había nadie que me pudiera ver, salí de aquel hueco, y decidí explorar un poco la cueva. De repente, tropecé con una roca de arcilla, y caí en un estrecho río subterráneo. Me empecé a arrepentir de haberme salido del grupo, pero aun así, seguí teniendo el mismo espíritu aventurero que tuve en el primer momento. Sin miedo alguno, seguí explorando la cueva, hasta que sin ninguna explicación, oí un ruido cercano a mí. Al principio creía que podría ser algún murciélago indefenso, y no le hice caso. Pero después de tres minutos, el ruido sonó más cerca, y por lo tanto con más nitidez, y comprendí, que no era un murciélago, sino que podía ser el alquimista. Al cabo de otros cinco minutos, y posteriormente de saber que el ruido podría ser del alquimista, intenté darle un sentido al sonido. Después de quedarme sin cabeza de tanto pensar descifré lo que decía: ¡fuera de aquí, esta es mi cueva!

En el momento en el que descubrí esa frase, no sabía si seguir mi camino, o alejarme e intentar reincorporarme con el resto de niños. Pero pensé que si fuera esto último lo correcto, me hubiera pasado antes de que me hubiera escabullido de los demás. Así que me dispuse a encontrar a ese alquimista. Me orienté por los sonidos que seguía emitiendo este, y cogí una piedra dura, ya que el sonido sonaba como si lo tuviera a dos metros. Todo se quedó en silencio, y cuando menos me lo esperaba, alguien,(se supone que el alquimista) me cogió por detrás, me tapó la boca y los ojos con un tipo de tela gruesa, y me arrastró hasta un lugar amplio y con luz artificial. Me quitó la tela, y lo primero que vi, fue a un señor con una larga barba blanca, una cara muy envejecida, y un gorro de punta de cuero.

Le dije: ¿eres tú el alquimista del que todos hablan, es verdad que tienes la fórmula de la inmortalidad y que no te puede dar nunca el sol? Él, me respondió con una voz ronca: sí, así es, no te asustes, no te haré daño, pero debes prometerme que guardarás el secreto de esta cueva. Yo se lo prometí, pero quería saber más de él, mas no quiso responderme más preguntas; y no insistí, porque aunque me dijo que no me haría daño, tenía un presentimiento de que podría ser un poco agresivo.

Pude ver en un pequeño frasco un papel, que supuestamente podía ser la fórmula de la inmortalidad. Cuando él me dijo que me fuera y que olvidara todo lo que había visto, me preparé para coger el frasco con la fórmula y salir corriendo. Os preguntaréis porque lo quería hacer; pues siempre pienso que las carreras son imprescindibles en las aventuras, y volviendo al asunto... cuando el alquimista no miraba hice lo planeado: salir corriendo con el frasco que contenía la fórmula y buscar a mi grupo para salir rápidamente de esa enorme cueva. Pero cuando ya estaba corriendo con la fórmula, el alquimista me pilló, y sacó un conjuro en el que decía cosas muy extrañas en un idioma para mí, desconocido. De repente, empecé a sentir un temblor, ¡la cueva se estaba derrumbando!

Corrí y corrí y por fin encontré a mis amigos y al monitor Rafa, que aterrorizados por el temblor salían por la entrada tan rápido como podían. Conseguí alcanzarlos y afortunadamente pude salir a tiempo de la cueva. Finalmente, la entrada quedó tapada por enormes rocas. Pensé que el alquimista seguiría vivo por su inmortalidad, pero mi consuelo fue que nunca podría buscar venganza, pues no puede salir al exterior (los rayos de sol le matarían). Después de unos días de investigar la fórmula, decidí enterrarla en un hoyo, para que nadie más tuviera que esconderse en una cueva para la eternidad. Por cierto, la semana que viene iremos a visitar otra cueva: ¿qué aventura me espera? De todos modos ya os contaré...

¡Hasta la próxima!

FIN

PABLO GARCIA LOPEZ 6º PRIMARIA

COLEGIO NUESTRA SEÑORA LORETO